

Consideraciones en torno a la conversión al Cristianismo en la Tardía Antigüedad

JOSÉ ORLANDIS ROVIRA
Catedrático de Historia del Derecho

1. El destino religioso de los pueblos bárbaros

El tema que nos proponemos examinar es el de la conversión al Cristianismo en la Tardía Antigüedad. Se trata sobre todo de conversiones colectivas, conversiones de pueblos y, en concreto, de pueblos «barbáricos», que desde finales del siglo IV invadieron las tierras del Imperio romano. Pero el problema de la conversión religiosa, en el sentido de una más cumplida cristianización, afectó también a las poblaciones de origen provincial romano, en especial las que moraban en los medios rurales, necesitadas de una prolongada catequesis, capaz de depurar las supersticiones e impurezas de su religiosidad popular¹.

Antes de proceder a formular algunas consideraciones de orden general sobre el fenómeno histórico de la conversión de los llamados pueblos «bárbaros», conviene recordar que no todos recorrieron el mismo itinerario. Aún limitándonos al período comprendido entre los siglos IV y VIII que es aquel que vamos a considerar, hubo pueblos germánicos que tuvieron una sola conversión religiosa —conversión al Arrianismo— y desaparecieron del escenario de la historia sin llegar a una segunda conversión que les hiciera abrazar el Cristianismo católico: tal fue el caso de los vándalos, asentados en el Africa del Norte, y el de los ostrogodos de Italia, sin contar otros grupos étnicos menores que corrieron la misma suerte. Hubo otro gran pueblo germánico —el

¹ El tema de la conversión al Cristianismo en la Tardía Antigüedad y en la época altomedieval fue objeto de estudio en la XIV Semana de Estudios del “Centro italiano di Studi sull’Alto Medioevo” y sus actas editadas bajo el título *La conversione al Cristianesimo nell’Europa dell’Alto Medioevo* (Spoleto, 1967). Sigue siendo válida la *Histoire Universelle des Missions catholiques publiée sous la direction de Mons. J. Delacroix, I: Les Missions des origines au XVII siècle* (Paris, 1956); vid. el cap. III de Daniel Rops, “La conversion des barbares d’Occident” y el IV, de Lucien Musset, *La conversión de Europa al Cristianismo* (Madrid, 1988).

de los francos— que pasó directamente, sin etapas intermedias de su paganismo ancestral a la Ortodoxia católica. Ese fue también el camino seguido por los anglosajones de la Britannia Maior en el siglo VII y, a partir de la siguiente centuria, por frisios, sajones y otros pueblos que entraron en la órbita de influencia de la Francia merovingia y carolingia. Igual había ocurrido con los pueblos celtas, abiertos al Cristianismo desde el siglo IV. A la Iglesia habrían de llegar igualmente en siglos posteriores, provenientes directamente del paganismo los pueblos eslavos del Oriente y los escandinavos del Norte del continente europeo. Los pueblos que protagonizaron la aventura religiosa de la doble conversión fueron los visigodos, los burgundios, los suevos y los longobardos.

2. El fenómeno de la «pre-conversión»

El término «conversión de un pueblo» quiere significar entonces la masiva recepción en la Iglesia —o en otra Confesión religiosa— del conjunto de individuos, familias y clanes articulados en grupos tribales, que integraban una más vasta asociación humana con una personalidad étnica singular, que los escritores romanos de lengua latina, acostumbraban designar con las voces *gens* y *natio*. La conversión de un pueblo aparece, por tanto, como un acontecimiento social de dimensión ampliamente mayoritaria. Pero este sentido comunitario de las conversiones bárbaras no excluye la existencia de otro fenómeno religioso que cabe denominar «pre-conversión». En efecto, se dió el caso de que, antes de que un pueblo profesase colectivamente la fe católica, algunos individuos de esa etnia, adelantándose a la marcha de la historia, hubieran abrazado ya esa fe. La pre-conversión fue lógicamente un fenómeno minoritario, porque nunca fueron muchos los que, siguiendo la pauta de lo que había sido la conversión al Cristianismo en tiempos del Imperio romano pagano, tenían la fuerza espiritual necesaria para adoptar una decisión personal que les marginaba y les convertía en excepción a la práctica unanimidad religiosa de su pueblo. Ha de tenerse también en cuenta que las fuentes históricas han conservado tan sólo el recuerdo de ciertos preconvertidos que eran individuos de nota por su relieve personal, familiar o cultural. Resulta sin embargo significativo que huellas de este fenómeno religioso puedan encontrarse en todos los pueblos bárbaros.

Uno de los más antiguos e insignes germanos preconvertos fue el rey Rekhario de los suevos, que se adhirió a la Iglesia Católica medio siglo antes

del bautismo de Clodoveo². Pero Rekhiario fue un converso excepcional, de inmediata procedencia pagana y a cuya muerte el pueblo suevo fue adoctrinado —seguramente con escaso éxito— por misioneros visigodos arrianos. En el Reino burgundio de las Galias, a finales del siglo V y comienzos del VI, una parte de la familia real era católica: lo era la reina Caratene, viuda de Chilperico I, y su hija Clotilde, la futura esposa de Clodoveo. Era también católico el heredero del trono, Segismundo, mientras su padre, el rey Gundobado, y el pueblo seguían siendo arrianos³.

En el Reino visigodo de Leovigildo, su hijo Hermenegildo fue adoctrinado en Sevilla por san Leandro, mientras gobernaba la Bética, y abrazó la Fe Católica. Pero antes que él, algunos connacionales suyos, no sólo eran católicos, sino que ocupaban cargos importantes en la Jerarquía eclesiástica española. Católico era el célebre historiador y abad Juan de Bícclaro, y un godo de noble estirpe, Másona, era obispo de Mérida y metropolitano de la Lusitania, cargos que desempeñó tras él otro godo, el obispo Renovado. El fenómeno religioso de la pre-conversión alcanzó singular importancia en la Italia longobarda⁴.

Los longobardos fueron el último pueblo bárbarico que, hasta finales del siglo VII, permanecieron anclados en su Arrianismo tradicional. En el Reino longobardo, una monarquía que no puede definirse con precisión como hereditaria o electiva, coexistía con una serie de ducados —los de Spoleto, Benevento, etc.— a cuyo frente se hallaban otros tantos duques que gozaban de amplia autonomía. La mayor parte de estos magnates, y del propio pueblo, permanecieron durante largo tiempo aferrados al Arrianismo, mientras que la dinastía que encarnaba la legitimidad monárquica —la estirpe bávara de los Lethingos— estaba representada por personas, en especial mujeres, de indudable y ferviente Catolicismo. Las tensiones y los acercamientos entre el tradicionalismo arriano de los duques y la católica familia representante de la legitimidad dinástica nacional, condicionaron la sinuosa trayectoria religiosa y política del reino a lo largo del siglo VII.

Durante más de un cuarto de siglo, la católica reina Teodolinda protagonizó la historia longobarda. Cuando, a finales del siglo VI al cabo de un decenio de discordias, los duques restauraron la monarquía y eligieron rey a Autario, el nuevo monarca, deseoso de fortalecer su posición, contrajo matrimonio con

² Hydace, *Chronique*, I, ed. Alain Tranoy, *Sources Chrétiennes*, 218 (Paris, 1974), a. 448.

³ J. Orlandis, *La conversión de Europa*, pp. 76-77.

⁴ Sobre Másona de Mérida vid. *Vitas Sanctorum Patrum Emeretensium*, ed. A. Maya Sánchez, en *Corpus Christianorum, Series Latina*, CXVI (Turnholti, 1992), V, XI, 55-81.

Teodolinda, la princesa que encarnaba la legitimidad dinástica (15-V-589). Autario murió muy pronto y, por elección de Teodolinda, el duque de Turín, Agilulfo, fue proclamado rey en su lugar. El nuevo monarca, que iba a tener un largo reinado (590-615), se apresuró a contraer matrimonio con Teodolinda, que siguió reinando junto a su nuevo marido. Agilulfo era y siguió siendo arriano, pero fue tolerante con la población católica del reino y no sólo se mostró respetuoso con la religión de la reina y mantuvo buenas relaciones con el papa Gregorio Magno, sino que permitió que los dos hijos nacidos del matrimonio, Adaloaldo y Gundeperga, recibieran el bautismo católico. Así se dió el caso de que, a la muerte de Agilulfo, un católico, Adaloaldo, reinaba sobre un pueblo mayoritariamente arriano. Es verdad que semejante estado de cosas produjo una reacción tradicionalista, que depuso a Adaloaldo y proclamó rey en su lugar al duque de Turín, Arioaldo. Pero también es cierto que la mujer de éste era la católica princesa Gundeperga, hija de Teodolinda y hermana del monarca depuesto. Y a la muerte, diez años más tarde, del rey Arioaldo, su sucesor, el arriano duque de Brescia, Rotario, ansioso también de fortalecer su legitimidad, tomó por esposa a Gundeperga, la católica viuda del rey difunto⁵.

No vamos a seguir el ulterior desarrollo de la historia longobarda, a lo largo del cual alternaron reyes arrianos y católicos hasta que, antes de finalizar el siglo VII, la dinastía bávara se afianzó en el trono y se extinguieron los últimos residuos de la herejía arriana. Nuestro propósito era tan sólo terminar de exponer el fenómeno de la pre-conversión, en un reino donde la estirpe que detentaba la legitimidad monárquica fue pionera de la conversión católica del pueblo.

3. Los grandes misioneros

El papel desempeñado por los grandes misioneros en la segunda conversión de los pueblos bárbaros es otra cuestión que conviene dilucidar. Está claro que en la conversión de los pueblos que pasaron directamente del paganismo a la Iglesia, los misioneros jugaron un papel primordial, hasta el punto de que varios de ellos han sido considerados por la historia como los «auto-

⁵ La *Historia Langobardorum* de Paulo Diácono es la fuente que mejor permite seguir la compleja trayectoria político-religiosa seguida por este pueblo. Existe una edición moderna con texto latino y versión italiana de Lidia Capo: *Paolo Diacono. Storia dei Longobardi* (Vicenza, 1992). El estudio fundamental sobre la historia religiosa de los longobardos es de G.P. Bognetti, "Santa Maria foris Portis de Castelseprio e la storia religiosa dei Langobardi", en *S. Maria di Castelseprio* (Milano, 1948), pp. 11-511.

res» del bautismo de un determinado pueblo. San Patricio es, por antonomasia, el apóstol de Irlanda, San Remigio, el catequista de Clodoveo, San Agustín de Cantorbery el introductor del Cristianismo en la Inglaterra anglosajona⁶. Y una vez cristianizadas las Islas Británicas, de allí saldrían, en sucesivas oleadas, con destino al Continente, los misioneros evangelizadores de los siglos VII y VIII: Columbano el gran apóstol irlandés de los germanos occidentales y del sur, y que terminó por fundar en 612, en el Reino longobardo de Italia, el monasterio de Bobbio, donde murió. La antorcha de los celtas fue recogida en el siglo VIII por los anglosajones, entre ellos Willibrordo, evangelizador de los frisios y el más ilustre de todos, Winifrido, que mudó su nombre por el de Bonifacio y ha sido considerado como el instaurador de la Iglesia en Alemania⁷. Entre los pueblos eslavos, bastará recordar a los santos Cirilo y Metodio y San Adalberto, el apóstol de Polonia, Eslovaquia y Bohemia. La acción misionera sobre los pueblos germanos arrianizados no siempre aparece con semejante claridad⁸.

Faltan indicios fiables sobre quien pudo ser, a mediados del siglo V, el catequista del rey suevo Rekhario, el primer monarca germánico convertido al catolicismo. Sí se conoce, en cambio, el gran protagonista de la conversión del Reino suevo: el misionero panonio Martín de Braga. Parece preferible decir «reino» que «pueblo», porque es un enigma el grado de arrianización que alcanzó aquel pueblo por la acción del misionero arriano Ajax, enviado por el rey visigodo de Tolosa, tras la muerte de Rekhario, con objeto de convertirlo al Arrianismo⁹. Sabemos en cambio que los reyes, y junto con ellos la aristocracia palatina y militar, sí profesaban el Arrianismo a la llegada de Martín y ellos fueron el primer objetivo de la acción apostólica del misionero, una de cuyas obras, la *Formula vitae honestae*, estaba destinada a la educación moral del príncipe. Pero la preocupación pastoral de Martín se extendió a todo el pueblo, como acredita su tratado de catequesis *De correctione rusticorum*, sobre el que habrá todavía que volver. Y una última constatación: no

⁶ La fuente principal sobre la conversión de los francos es Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, II, caps. 29, 30, 31, en *Mon. Germ. His., Script. Rer. Merov. I* (1951) pp. 74-78. Bede el Venerable es el principal historiador de la conversión de la Inglaterra anglosajona. Existe una edición moderna de su Historia en francés: Bède le Vénérable, *Histoire Ecclésiastique du Peuple anglais, I. Conquête et conversion* (Paris, 1999). Vid. I.I., caps. XXIII-XXXIV, pp. 41-73.

⁷ Vid los artículos "Columbano", en *Bibliotheca Sanctorum, III* (Roma, 1961) cols. 108-120, "Bonifacio" (Winifrid), en el mismo volumen, cols. 308-320; y "Willibrord" en el vol. XII (Roma, 1969) cols. 1.113-1.121.

⁸ J. Orlandis, *La conversión...*, pp. 161-166 y 172-178.

⁹ C. Torres Rodríguez, *El Reino de los Suevos* (La Coruña, 1977) pp. 112-146.

hay duda de que San Avito de Vienne tuvo un papel preponderante en la conversión del Reino burgundio al Catolicismo¹⁰.

4. La influencia de la mujer cristiana

El papel de la mujer católica en la conversión de los pueblos es un hecho evidente que acabamos de evocar al recordar la historia religiosa del Reino longobardo de Italia. Pero sin llegar al extremo del influjo que tuvieron en este caso Teodolinda y su hija Gundeperga, no admite lugar a dudas que la mujer marchó a menudo por delante del varón en el camino que conducía a la ortodoxia católica. Se ha mencionado ya el caso de otras princesas preconvertidas, Clotilde en el Reino franco, a la que puede agregarse Berta en Kent, el primer reino evangelizado de la Heptarquía anglosajona. En el Reino visigodo de España, un papel semejante habría podido tener Ingunda. Pero si esta joven princesa franca tuvo una influencia decisiva en la conversión de su marido, Hermenegildo, no puede decirse lo mismo en lo que se refiere a la conversión del Reino. La razón estuvo en la violenta oposición que encontró por parte de otra mujer, la reina Goswintha, esposa del monarca reinante Leovigildo.

No es posible exponer aquí con detalle el drama religioso familiar que enfrentó a Goswintha con la joven princesa venida de Francia, que era además por línea materna nieta suya. Goswintha era una mujer de poderosa personalidad y con un peso político muy notable vida del reino¹¹. No es impropio compararla con la longobarda Teodolinda, aunque desde el punto de vista religioso fuera, cabalmente, su contrafigura. Goswintha fue reina desde 555, año en que su esposo Atanagildo ocupó el trono visigodo. Pero, como ocurrió años más tarde en Italia con Teodolinda, al fallecer Atanagildo, su sucesor Leovigildo contrajo matrimonio con ella, y reina siguió siendo junto a su segundo marido. Más aún, cuando su hijastro Recaredo sucedió a Leovigildo (586), el nuevo monarca mantuvo a Goswintha en el rango de su regia dignidad. Entre treinta y dos y treinta y tres años reinó pues en la España visigoda esta mujer, arriana a ultranza, y principal autora de la resistencia a la conversión de su pueblo al Catolicismo. La suerte de Ingunda fue muy desdichada: vencido y muerto su marido san Hermenegildo, ella y su pequeño hijo huyeron para refugiarse en Constantinopla; pero la madre murió

¹⁰ La vida de Avito de Vienne se encuentra recogida en *Acta Sanctorum*, februarii I (Amberes, 1658) pp. 660-669.

¹¹ Gregorio de Tours, *Historia Francorum*. V,38; cfr. L. Vázquez de Parga, *San Hermenegildo ante las fuentes históricas* (Madrid, 1973) discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. Sobre la reina Goswintha, vid. J. Orlandis, *Semblanzas visigodas* (Madrid, 1992) pp. 17-34.

durante el viaje en un puerto de Sicilia o de Africa del Norte. Ingunda ha de considerarse pues, más como precursora, que como agente operativo de la conversión de los visigodos de España.

5. Conversión y cristianización

En el proceso de incorporación a la Iglesia de un pueblo bárbaro de la Tardía Antigüedad, resulta necesario distinguir entre conversión y cristianización: no se trata tan sólo de dos aspectos de un único fenómeno, sino de dos momentos de un proceso. En la conversión de varios pueblos influyó poderosamente el llamado *exemplum regis*, el ejemplo del rey. Fue factor decisivo en la conversión de los francos: junto a Clodoveo recibieron el bautismo tres mil guerreros de su séquito militar. Cuando la conversión de los visigodos al Catolicismo, los magnates y obispos siguieron el mandato y las huellas de su monarca, Recaredo. Pero la cristianización del conjunto del pueblo podía requerir bastante más tiempo. Por otra parte ha de tenerse en cuenta que la conversión y el bautismo del hombre bárbaro no significaba una súbita transformación de su mentalidad y de sus modos de vida. La adecuación de la existencia personal a las normas de la moral cristiana también demandaban tiempo.

La Crónica de Idacio no deja lugar a dudas sobre la fe católica de Rekhario, el joven rey de los suevos que sucedió en el trono a su padre, el pagano Rékhila. Pero Idacio pone a la vez de manifiesto el talante «barbárico» y belicoso de este príncipe. En el año 448 —informa la *Crónica*— apenas heredado el trono, Rekhario invadió y devastó varias regiones peninsulares. Al año siguiente, tras contraer matrimonio con la hija del rey visigodo Teodorico, depredó las tierras de Vasconia; y de regreso de una visita a su suegro en Tolouse, con el concurso de un rebelde a la autoridad romana llamado Basilio, devastó el valle del Ebro, irrumpió en la ciudad de Lérida y redujo a cautiverio a buen número de sus habitantes; en 455, Rekhario y su ejército depredaron la provincia Tarraconense, todavía dependiente de la autoridad imperial romana, y se llevaron consigo a Galacia buen número de prisioneros. Esta última rotura de la paz calmó la medida. Rekhario vencido y capturado por su cuñado, el rey visigodo Teodorico II, fue ejecutado en la ciudad de Oporto¹².

Una prueba más de que el talante «barbárico» no desaparecía con la recepción del bautismo la tenemos en la serie de tragedias que se sucedieron en

¹² Hydace, *Chronique*, I, 137, 140, 142, 168, 172-175.

las antiguas Galias y que fueron popularizadas en el siglo XIX por Augustin Thierry en sus *Récits des temps mérovingiens*. Aquel talante, en que alternaban arrebatos ciegos y súbitos arrepentimientos, se advierte claramente en el drama del primer monarca católico de Borgoña, Segismundo. El rey, en un acceso de ira, mandó estrangular en su presencia a Sigérico, su hijo primogénito, acusado por envidia de conspirar para arrebatarle el trono; y un momento después, vuelto en sí, se arrojó llorando sobre el cadáver del hijo, queriendo volverle a la vida. La penitencia a que se sometió el monarca en el monasterio de Agaune era el preludio de una nueva tragedia: Borgoña fue invadida por el rey franco Clodomiro, que hizo prisionero a Segismundo y le dio muerte, arrojándole a un pozo junto con su mujer y sus hijos. Corría el año 523; al año siguiente murió Clodomiro, y sus hermanos, los reyes Childeberto y Clotario, hijos como él de Clodoveo y de santa Clotilde, con el fin de repartirse los estados del hermano difunto, hicieron que les fueran entregados sus jóvenes sobrinos —los hijos de Clodomiro— y les dieron muerte en presencia de Clotilde, a pesar de las súplicas y los esfuerzos de la reina por salvarlos. Los dramas merovingios habían de prolongarse hasta bien entrado el siglo VII¹³.

El paso del tiempo, y la influencia de la Iglesia fueron moderando la rudeza de los bárbaros neoconvertos. La acción de la Iglesia, al cristianizarlos, también los civilizó. Una prueba estadística del progreso moral la proporcionan las noticias acerca del género de muerte de los reyes visigodos de Occidente, a lo largo de los tres siglos que discurren entre los años 415 y 711. Diez y seis reyes ocuparon el trono durante el periodo arriano, de los cuales once perecieron de muerte violenta, casi todos asesinados. De los diecisiete reyes correspondientes a la época católica, sólo uno —Liuvia II— fue asesinado, y el último, Rodrigo, murió en la batalla de Guadalete. Y no es que faltaran rebeliones ni deposiciones violentas de monarcas. Pero a esos reyes depuestos —Suinthila, Tulga, Wamba— se les privó del trono, más se les respetó la vida. Los efectos benéficos del proceso cristianizador son bien patentes.

6. Metodología misionera

Es necesario todavía tratar de la acción catequética y pastoral de los misioneros, gracias a la cual se produjo el largo proceso de cristianización a que se ha hecho referencia. En este punto es conveniente distinguir entre la acción evangelizadora dirigida a pueblos bárbaros invasores de las provincias del

¹³ *Historia Francorum*, III, 5-6; vid. *Bibliotheca Sanctorum*, XI (Roma, 1968) cols. 1.043-1.047.

Imperio Romano occidental y la destinada a aquellos otros pueblos asentados más allá del antiguo *limes* del Imperio y cuya evangelización fue por lo general más tardía. En estos pueblos apenas penetrados por el Cristianismo, el paganismo ancestral conservaba cierto vigor, y aún cabe decir que cobró mayor virulencia ante las actividades de los misioneros, amparados por los monarcas francos. El derribo de árboles sagrados como la encina de Donar, la destrucción del Santuario de la isla de Heligoland o la victoria de Carlomagno sobre el duque de los sajones Widukind fueron otros tantos acontecimientos que se interpretaron como signos de la inanidad del culto pagano y la superioridad del Cristianismo. Siglos más tarde, cuando la evangelización de Escandinavia, la resistencia pagana tuvo su símbolo en la exaltación del martillo de Thor frente a la cruz de los cristianos¹⁴.

En los Reinos bárbaricos establecidos sobre las antiguas tierras románicas occidentales, la mayoría de los cuales conoció el fenómeno de la doble conversión de la población de etnia germánica, la labor de impregnación cristiana de las masas populares fue menos pródiga en gestos espectaculares, y estuvo además dirigida tanto a las minorías de aquella etnia como a las mayoritarias poblaciones rurales de procedencia provincial romana. Entre los siglos V y VII, un paganismo con trasfondo naturalista, expresado sobre todo en una amplia gama de supersticiones, subsistía entre las masas rurales de muy diversas regiones, y a combatirlo hubo de dirigir la acción pastoral de la Iglesia. Ese es el tema del sermón 107 de Máximo de Turín, dirigido especialmente a los propietarios rurales, a quienes urge a reprimir las prácticas idolátricas de los campesinos de sus propiedades, y en especial la nefasta actividad de adivinos y sortilegos. Cien años más tarde —en torno al 500— Cesáreo de Arles, en sus sermones se esforzaba por desarraigar los residuos paganos entre sus feligreses del sur de las Galias¹⁵. A mediados del siglo VI, la Iglesia de Galicia, en el noroeste de la Península Ibérica promovió una vigorosa acción pastoral contra las supersticiones y la idolatría, inspirada por el celo pastoral de San Martín de Braga¹⁶.

¹⁴ Vid. las excelentes exposiciones de L. Musset, "La pénétration chrétienne dans l'Europe du Nord et son influence sur la civilisation scandinave", en el volumen *La conversione al Cristianesimo nell'Europa dell'Alto Medioevo* (Spoleto, 1967) pp. 263-325. Vid. igualmente H. Kuhn, "Die Religion der Nordischen Volker in der Wikingerzeit", en el volumen *I Normanni e la sua espansione nell'Alto Medioevo* (Spoleto, 1969) pp. 263-325.

¹⁵ J. Orlandis, *La conversión...*, pp. 32-43.

¹⁶ S. Isidoro incluyó a Martín de Braga entre sus "Varones Ilustres": C. Codoñer Merino, *El "De Viris illustribus" de Isidoro de Sevilla* (Salamanca, 1964) XXII.

Los concilios I y II de Braga (a. 561 y 572) dejan entrever que el Arrianismo no constituía ya una preocupación pastoral para el episcopado del Reino suevo. Por el contrario, los cánones 71 a 74 del concilio Bracarense II estaban destinados a combatir arraigadas prácticas de raíz idólatra. No es lícito —dice el canon 72— conservar las tradiciones de los gentiles, ni festejarlas, ni tomar en cuenta los elementos, o el curso de la luna o de las estrellas o la vana falacia de los astros para la construcción de las casas o para la siembra, para la plantación de árboles o la celebración del matrimonio¹⁷. Pero Martín de Braga es particularmente famoso por su tratado de catequesis *De correctione rusticorum*, el Sermón contra las supersticiones rurales. El sermón va dirigido a la población campesina de Galicia, sin distinción entre la minoría germánica sueva y la masa de la población galaica, un claro indicio de su nivelación religiosa en este tiempo. Martín dice que escribe su sermón "para enmienda de los campesinos que continuando todavía en la antigua superstición del paganismo, tributan culto de veneración a los demonios". No procede recoger aquí los innumerables abusos denunciados por el autor del tratado. Bastará decir, a título de ejemplo, que, como antes Cesáreo de Arles, se esforzó por conseguir que los días de la semana no tomaran su nombre de las divinidades paganas —Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus— sino que se dijera feria II, III, etc., según el uso del calendario litúrgico. Al cabo de los siglos ha de constatarse que entre todas las lenguas latinas, tan sólo el portugués designa los días según el orden de las ferias. Esta singularidad se debe probablemente a la influencia de Martín de Braga, que consiguió introducir este hábito entre los pueblos del noroeste de Hispania¹⁸.

Máximo de Turín en Italia, Cesáreo de Arles en las Galias y Martín de Braga en Galicia forman una triada de grandes pastores de la Tardía Antigüedad, unidos por el empeño común de limpiar el Cristianismo de las impurezas aún muy extendidas entre las poblaciones rurales, sin distinción de procedencias étnicas. En el otro gran reino germánico de Hispania, el visigodo, los residuos paganos tuvieron suficiente entidad para que el rey Chindasvinto promulgara una ley —LV,VI,2,4— destinada a castigar a los autores de male-

¹⁷ J. Orlandis- D. Ramos-Lisson: *Die Synoden auf der Iberischen Halbinsel bis zum Einbruch des Islam (711)*, en la *Konziliengeschichte* ed. De W. Brandmüller (Paderborn. München. Wien. Zürich, 1981) pp. 77-92.

¹⁸ Existe una edición reciente del tratado *De correctione rusticorum*, con traducción española: J. Clois, *Martín de Braga. Sermón contra las supersticiones rurales* (Barcelona, 1981). J. N. Hillgarth ha dado una versión inglesa en su libro *Christianity and Paganism, 350-850* (Philadelphia, 1986) pp. 57-68.

ficios, provocadores de tempestades, adoradores de los demonios, etc.¹⁹ También los concilios toledanos hubieron de afrontar el problema. El concilio XII (25-I-681) dedicó un canon a los adoradores de ídolos, piedras, fuentes o árboles (can. 11)²⁰. Doce años después y menos de dos décadas antes de la invasión islámica, el concilio XVI de Toledo (693) volvió a denunciar, casi a la letra, los mismos abusos y supersticiones²¹. Es evidente que la purificación de la religiosidad popular era, a finales del siglo VII, una tarea que seguía requiriendo un gran esfuerzo pastoral.

¹⁹ *L.V. VI,2,4: De malafeciis et consulentibus eos.*

²⁰ *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, ed. J. Vives (Barcelona-Madrid, 1963) pp. 398-399: *De cultoribus idolorum.*

²¹ Pp. 498-500: *De idolorum cultoribus.*